

es, que Pedro moriría después de tantos ó cuantos años, ó que en determinadas circunstancias volvería á unirse con Jewdokia, á la cual había repudiado. En esto hacia sin duda un papel tan importante la alucinación como la piadosa mentira. Esta clase de historias maravillosas abundaba en las conversaciones del Czarewicz con sus amigos y también con la Czarewna María Alexeyewna; de lo mismo se trataba en la correspondencia, que Dossifei, obispo de Rostoff, sostuvo con Jewdokia, madre de Alejo, ó en los diálogos de esta con el coronel Glieloff, el cual sostuvo relaciones por largo tiempo con la antigua Czarina que á la sazón estaba en el monasterio de Ssusdal con el nombre de «Sor Elena.»

En este círculo de amigos gozaba Alejo, al paso que le era antipática la compañía de su padre, hasta el punto de que tuvo el mayor disgusto el día en que el Czar fué una vez á Moscú, y suspiraba porque llegara el momento de que «los altísimos» abandonasen la capital. Debía parecerle un especial favor de la fortuna el que Pedro no tuviese tiempo para cuidarse de él, y que no le obligara á tomar parte en los negocios más que alguna vez por excepción.

Esto sucedió en efecto. El año 1707 se le encargó á Alejo la concentración y abastecimiento de las tropas en Smolensko. Se han conservado muchas cartas del Czarewicz á su padre, escritas en aquella época, las cuales se limitaban á participarle las cosas más necesarias sobre los negocios, y á preguntar por mera fórmula por su salud. No sabemos si Alejo mostró aptitud para los negocios que se le habían encomendado. Después estuvo al frente de los trabajos de fortificación de Moscú; porque se temía que Carlos XII amenazara la antigua capital; pero lo que sí es cierto, es que Pedro en una ocasión manifestó su descontento con el hijo y le echó en cara su pereza.

Alejo debía continuar al mismo tiempo ciertos estudios. En las cartas de Wyasemsky á Pedro se hace mención de que Alejo se ocupaba en aprender geografía, las declinaciones alemanas y la aritmética. A principios del año 1709 tuvo que llevar á la Ucrania una parte de los soldados que se acababan de reclutar. En la aldea de Ssusny de dicho país, cayó con una enfermedad peligrosa, de la que tardó mucho tiempo en convalecer, estando de regreso en Moscú por Pascua. Inmediatamente después de la batalla de Poltawa se tomó la determinación de mandar á Alejo al extranjero. Ya desde el año 1707, probablemente sin que Alejo supiese nada de ello, se habían entablado negociaciones sobre su casamiento con la princesa Carlota de Wolfenbüttel (1). En las varias cartas referentes al viaje del Czarewicz escritas por Menschikoff, Pedro y Alejo, no hay una sola palabra que aluda al proyectado matrimonio y se da la continuación de los estudios del último como la única causa de los viajes.

Alejo conoció á su novia en Schlackenwerth (cerca de Carlsbad) y le gustó mucho; así es que escribió á su confesor, que había mandado á decir á su padre que estaba decidido á casarse con la princesa, que esta era «una buena mujer y que no encontraría otra mejor.» Sin embargo, sabemos por otros conductos que no se miraba con buenos ojos este matrimonio en los antiguos círculos rusos.

El juicio que sobre Alejo se había formado en la corte de la princesa no era desfavorable, según se desprende de las cartas de la novia y de las manifestaciones de las personas que la rodeaban. Sea como quiera, sabemos que Alejo, sentado á la mesa entre dos princesas, no habló una sola palabra, sino que miraba solo á su plato, mientras que se contaban muchas cosas en su elogio por los progresos que había

(1) La historia de estas negociaciones está tratada hasta agotar la materia en el libro de Guerrier titulado «La princesa Carlota.» Bonn, 1875.

hecho en los estudios, á que con tanto ardor se había dedicado en Dresde. Se refirió incidentalmente que Alejo se había enamorado en Rusia de una joven princesa llamada Trubezkoi, pero que Pedro la había dado inmediatamente en matrimonio á otro príncipe.

Puede asegurarse que Alejo en todo este tiempo representó un papel meramente pasivo hasta en los asuntos del casamiento; pues no se contaba con él, ni se hablaba una palabra de sus inclinaciones y deseos: era el juguete de los intereses de otros.

Con la misma monotonía trascurrió el tiempo de novios y pasó la primera época del matrimonio, celebrado el 14 de octubre del año 1712 en Torgau. Declase sobre el particular que Alejo estaba verdaderamente enamorado de la princesa, la cual manifestaba en sus cartas ser muy feliz. Las relaciones de Alejo con su padre eran, al parecer, muy cordiales, y sostuvo correspondencia con él sobre los detalles del proyectado contrato matrimonial próximo á celebrarse. El Czar asistió á las bodas y mostró mucha benevolencia hacia su nuera. Poco después de la celebración del matrimonio tuvo que tomar parte Alejo en la campaña de Pomerania, en cuyo intermedio la princesa se trasladó á Thorn. Las cartas de los jóvenes eran muy cariñosas.

Carlota supo con satisfacción que su esposo había salido á su defensa con motivo de un violento altercado con Menschikoff, el cual se había permitido algunas expresiones poco favorables á la princesa. Cuando ésta se enteró de que Alejo debía tomar parte en el proyectado desembarco de Riga, temió por su vida.

A pesar de todo esto, las relaciones fueron enfriándose poco á poco. Alejo se entregaba á toda clase de excesos en la bebida, y cuando volvió á ver á su esposa en Petersburgo, sufrió un desengaño en lo tocante á intereses pecuniarios, y se portó como un grosero en el trato con la princesa. En una ocasión que volvía ebrio de una orgía, se quejó á su criado de que su esposa era un diablillo, que estaba siempre mal humorada y era poco amable. Al poco tiempo empezó á sentirse enfermo de tisis, según se decía; á lo menos esto le sirvió de pretexto para viajar, y marchó á Carlsbad el año 1714. La primera noticia que tuvo Carlota de que su esposo iba á marchar, fué cuando vió el carruaje dispuesto á la puerta.

Según parece, no escribió á la princesa ni una sola carta durante el medio año que estuvo en el extranjero: aquella dió á luz una niña el 12 de julio de 1714, mientras que Alejo no se cuidaba de nada.

Este regresó á Petersburgo á fines de diciembre de 1714. Al principio aparentó estar muy atento y satisfecho con la princesa; pero pronto comenzaron sus relaciones amorosas con una sierva de su profesor Wyasemsky, llamada Afrosinia y natural de Finlandia. Creció á la vez su afición á la bebida, los excesos quebrantaron su salud y cayó en una grave enfermedad, de la cual sin embargo no tardó en verse libre.

Un extranjero que tuvo ocasión de observar este completo enfriamiento de relaciones en aquel matrimonio, escribía: «Si el Czarewicz no hubiera considerado que el tener un heredero era un apoyo de su propia seguridad, los dos esposos hubieran estado en lo sucesivo sin verse nunca.» El 12 de octubre de 1715, dió á luz Carlota un hijo, que después fué emperador con el nombre de Pedro II, y en la noche del 22 falleció la princesa.

Esta no pudo nunca ejercer influencia en la cultura é instrucción de su esposo. Creía haber dado al Czarewicz un heredero del trono; pero precisamente estaba todo en tela de juicio. Al día siguiente de los funerales de Carlota, dió á luz un hijo la ilustre czarina Catalina, que era esposa

legítima de Pedro hacia dos años. El conflicto entre éste y Alejo había estado fermentando largo tiempo y á la sazón estalló (1).

Los elementos de oposición no se encontraban solo entre el clero; entre las clases aristocráticas, y hasta entre los más altos dignatarios había muchos que censuraban á Pedro en las conferencias que celebraban con el Czarewicz, y que sin perdonar medio avivaban el ya inveterado antagonismo entre padre é hijo. Wladimiro Bassiliewitch Dolgoruky dijo una vez á Alejo: «Tú eres más prudente que tu padre; tú tienes un conocimiento más profundo del hombre.» El príncipe Golizyn proporcionó al Czarewicz libros de los monjes de Kieff y le refirió que estos últimos estaban poseídos de amor y entusiasmo por él. El feldmariscal Scheremeteyeff aconsejó al Czarewicz que pagara á alguno de los de la comitiva del Czar, para adquirir noticia de todo lo que allí se hablase. El príncipe Kurakin le previno contra su madrastra, diciéndole, que, tan pronto como tuviera un hijo, no sería buena y cariñosa para Alejo. A este mismo se quejó Ssemen Naryschkin, de que Pedro no quería convencerse de que la aristocracia rusa tenía bastante que hacer en casa con administrar los bienes. Alejo asintió á lo expresado por Naryschkin y añadió que era muy de lamentar que el Czar comprendiese tan poco las necesidades de los demás.

El antagonismo estribaba en lo siguiente: Pedro pasaba por encima de todo, cuando lo reclamaban sus deberes para con el Estado, y Alejo era de los que anteponian los intereses privados á los del Estado; representaba aquella carencia de sentimiento patriótico, y de sacrificio en aras del bien común, que se explica por la falta de toda educación política, por la ausencia de derechos civiles en los súbditos, y por la brutalidad y egoísmo del gobierno. Comprendíase, sin embargo, que Pedro sintiese esta oposición, y que viese un peligro para el porvenir de Rusia, en la falta de sentido de Alejo en lo tocante al Estado. ¿Iban á estar pendientes los futuros destinos de Rusia de la mera casualidad de que sobreviviera Pedro á Alejo?

Si el Czar intentaba obligar á la fuerza á su hijo al trabajo, se sustraía Alejo á tales exigencias. El mismo refirió en su proceso, que, cuando Pedro quiso que sufriera exámen de dibujo en la primavera de 1713, se hirió en la mano para evitar tal exámen, en el que hubiera quedado mal. Ya antes había tomado medicinas, con objeto de enfermar, por si se le exigía que tomase parte en los negocios. Hablando con su amigo Alejandro Kikin, se retrató á sí propio con las siguientes características palabras: «Yo no soy un imbécil; pero no puedo, no soy capaz de trabajar nada, absolutamente nada.» Su suegra, la duquesa de Wolfenbütel, hablando con Tolstoi, agente diplomático ruso el año 1717, observó, que era completamente inútil que Pedro tratase de mezclarse á su hijo en asuntos militares, toda vez que éste más quería tener en sus manos un ramillete de rosas, que un par de pistolas. Durante su proceso confesó que todas las empresas de su padre le habían causado fastidio y que siempre había deseado estar lejos del Czar. Cuando tenía que asistir á alguna fiesta de la corte, solía decir: «Quisiera más ser un galeote, ó de mejor gana sufriría una fiebre aguda, que tener que ir allá.»

Y sin embargo, la necesidad de reposo no era lo único que dominaba exclusivamente al Czarewicz. Contaba llegar en su día al poder; y en el círculo de su mayor intimidad manifestaba lo que se proponía hacer en tal caso; que empezaría, v. gr., por abandonar á Petersburgo, y empalar á

(1) Sobre la enfermedad y muerte de la princesa, véanse Guerrier y Ustrialoff.

los partidarios de su padre, y que para ello contaría con su popularidad en el pueblo bajo y con la adhesión del clero. La muerte de Pedro tan vivamente deseada por otros y por él, que cual recluta forzoso estaba dispuesto á mutilarse á sí propio para sustraerse al aborrecido servicio, no significaba solo para Alejo el quedar libre de la pesada disciplina militar, sino que además llevaba consigo el comienzo de un mando en el que podría dar rienda suelta á sus caprichos é inclinaciones. Conversando con su mancha Afrosinia se dejó decir, que cuando fuese Czar, viviría el invierno en Moscú y el verano en Yarossloff, que mandaría convertir en ruinas á Petersburgo y deshacer la escuadra; que reduciría el ejército, se limitaría á estar á la defensiva, y en ningún otro caso haría la guerra.

En seguida persuadieron á Alejo de que Pedro moriría pronto, pues le anunciaron que el Czar padecía de ataques epilépticos y que esta enfermedad le llevaría en pocos años á la tumba.

De este modo podía estar en una actitud pasiva, expectante, cosa que se amoldaba perfectamente á su temperamento. Jamás pensó acudir á procedimientos enérgicos, por ejemplo á tramar una conspiración, ó á meterse en una revolución política que hubiera de realizarse. Sufrió y se quejaba en silencio, esquivaba todas las exigencias que se le presentaban, sin detenerse un momento; faltábale talento y valor para hacer una oposición sistemática y una resistencia calculada y manifestada con toda claridad.

Pedro era de un temperamento completamente opuesto: no estaba acostumbrado á dejar que las cosas viniesen por sí mismas, ni á que la casualidad ocultara bajo el velo del porvenir las resoluciones. Quería tomar la iniciativa, y se veía en el caso de tomarla, respecto de lo que pudiera acaecer después de su muerte, como la había tomado en todos los asuntos. Había amenazado ya á Alejo cuando éste tenía catorce años, con no reconocerle por hijo suyo, si no era tal como debía ser. En los diez años que siguieron á esta amenaza, nada sucedió, en efecto, que desvaneciera tales temores respecto de los adelantos de Alejo; sino por el contrario, cada vez se iba viendo más claro que éste era muy distinto de lo que Pedro deseaba. La amenaza hecha el año 1704 iba á ser un hecho; pues sabemos por una carta muy digna de mención, dirigida por Pedro á Alejo, que el Czar le llenó varias veces de improperios, le maltrató de hecho, y que finalmente dejó de hablar con él durante mucho tiempo; todo lo cual hacía inevitable una crisis más tarde ó más temprano (2).

El día en que se celebraron los funerales de la princesa (27 de octubre de 1715) envió Pedro á su hijo una carta fechada el 11 del mismo mes que contenía un ultimatum. Decía el Czar que consideraba á su hijo incapaz para la dirección de los negocios del gobierno, porque no mostraba disposición alguna para los asuntos militares, y no tenía afición para aprender nada serio y ordenado; que debía compararse con el siervo perezoso del Evangelio, que enterró su talento en vez de utilizarlo; que era malo, caprichoso é inconsecuente; y que debía tratar de enmendarse, porque de lo contrario sería declarado sin derecho á la sucesión al

(2) Es una opinión infundada la que asegura que Pedro excluyó del trono á Alejo el año 1711, aconsejando á los mismos senadores en su pretendida carta desde el Pruth, que eligiesen por sucesor al más digno. Jamás escribió Pedro tal carta, y toda esta historia es pura invención. Véase la disertación de Ustrialoff en el almanaque publicado por la Academia de Ciencias en 1859, y la de Witberg en la revista titulada «La antigua y nueva Rusia,» 1875. La polémica de Bieloff contra Witberg inserta el año 1876 en el tomo I de la misma revista, es débil é insostenible.



trono. Para conclusion advierte de antemano Pedro á su hijo, el cual estaba fiado en que era hijo único, que, «mejor era un extraño capaz, que un pariente propio inútil (1).»

Esta carta no era casual, sino la expresion inevitable del profundo abismo que estaba abierto entre Pedro y Alejo.

Al día siguiente dió á luz Catalina un hijo que llevó el nombre de Pedro Petrowitz.

Kurakin habia dicho á Alejo que la Czarina se portaria bien con él, mientras no tuviese ningun hijo; y se referia en los círculos diplomáticos, que Catalina estaba muy descontenta por el nacimiento del hijo de Alejo, Pedro Alexeyewitz. La grande afliccion que el rumor del descontento que por esta circunstancia dominaba en la corte causó á la princesa Carlota, debió ser una de las causas de su muerte, segun se decia. En este mismo sentido se expresó posteriormente el Czarewitz en Viena, al quejarse del trato que le habian dado en su casa.

En nuestros tiempos se ha hecho la observacion de que era muy chocante que una carta fechada el 11 de octubre no se entregara hasta el día 27. El 11 no habia nacido aun ninguno de los príncipes. Por fin se apresuraron, segun se ha interpretado el proceder de Pedro, á entregar la carta antes del parto de Catalina, para que no pareciese que el derecho de Alejo á la sucesion del trono era sacrificado al hijo recién nacido de su segunda mujer. Un día despues no podia decirse que Alejo estaba confiado en ser hijo único. Renunciamos á penetrar en el secreto del pensamiento de Pedro.

Los amigos de Alejo le aconsejaron que renunciase espontáneamente sus derechos hereditarios al trono, y á la vez deslizaron en su oído indicaciones sobre la posibilidad de sostener despues estos mismos derechos. En una carta muy lacónica dirigida á su padre rogó le permitiese renunciarlos; que para el gobierno se necesitaba un hombre no tan «corrompido» como él era: tambien hablaba de su hermano paterno, á quien deseaba salud y larga vida.

Despues que Pedro recibió esta carta, celebró una conferencia con el príncipe Basilio Dolgoruky, el cual participó al Czarewitz que él le habia salvado del cadalso.

Pocos días despues enfermó Pedro de tal gravedad, que hizo temer por su vida, pero al fin sanó. El 19 de enero de 1716 dirigió el Czar á Alejo una segunda carta aun mas amenazadora, en la cual le manifestaba que no creia en la sinceridad de su renuncia, que no daba señal alguna de arrepentimiento; que tambien los correligionarios de Alejo, sobre todo los «barbudos», esto es, los clérigos trabajarían bajo cuerda para que mudara de parecer; y que en su consecuencia no le quedaba otro partido mas que elegir, entre cambiar de vida ó hacerse monje; «de otra manera, observaba Pedro, mi espíritu no puede estar tranquilo, sobre todo ahora que estoy enfermo con frecuencia.» En conclusion, añadía la amenazadora carta, el Czar, en caso de que Alejo no conteste al punto categóricamente, obrará con él como con un malhechor.

Se ve que las circunstancias llevaban cada vez mas adelante al Czar en el camino emprendido y que no bastaba una simple renuncia. Alejo podia continuar siendo el sucesor legítimo á los ojos de todos; era preciso echarle á un lado de hecho encerrándole en un monasterio, para que el «espíritu de Pedro estuviese tranquilo.» Parece como si la cólera de Pedro hubiera ido aumentando mas y mas durante la redaccion de esta segunda carta, hasta que al fin llegó á amenazar al Czarewitz con la decapitacion. La frase final de «malhe-

(1) La carta fué impresa por el mismo Pedro en las actas del proceso, y posteriormente se ha publicado infinitas veces.

chor» suministraba un elocuente comentario á la afirmacion de Dolgoruky, de que en la conferencia celebrada con el Czar habia salvado al Czarewitz del cadalso. Si no bastaban ni la abdicacion ni la reclusion en un convento para llevar la tranquilidad al espíritu de Pedro, seria necesario acudir al hacha del verdugo.

Por segunda vez aconsejaron á Alejo sus amigos que cediese; le hicieron observar que la cogulla de monje no imprimia un carácter permanente en los hombres. En particular Wyasemsky dijo, que Alejo debia hacer una declaracion formal ante un eclesiástico, de que iba al convento porque se le obligaba á ello á viva fuerza: esta seria una «reservatio mentalis.»

En tres líneas que escribió á su padre, declaró Alejo que deseaba ir al convento.

Pedro estaba en una posicion muy penosa, pues aunque podia suponer algo sobre una «reservatio mentalis,» no habia medio de cerrar la salida al Czarewitz por este camino, y por lo tanto no habia adelantado un paso; por cuya razon su espíritu no podia estar tranquilo. El horizonte de la situacion permanecia oscuro, y por de pronto no habia pretexto alguno para proceder con el Czarewitz «como con un malhechor.»

Por este tiempo las circunstancias hicieron necesario un viaje del Czar al extranjero. Antes de abandonar la capital, se presentó Pedro en la habitacion de Alejo, y le manifestó que le daba algunos meses de tiempo para que reflexionase. Parece como si Pedro hubiera reconocido la necesidad de aplazar la resolucion final, como si hubiera retrocedido espantado ante las terribles consecuencias de la actitud que habia tomado con el Czarewitz.

Por este tiempo tomó cuerpo en el Czarewitz la idea de huir al extranjero. El autor de este proyecto fué Alejandro Kikin, empleado en el palacio de la czarewna Maria Alexeyewna, hombre muy superior en inteligencia al Czarewitz, que ejercia gran influencia sobre él, y que en el asunto que nos ocupa demostró tener gran talento para la intriga. Excusado es decir, que tomó una parte muy importante en la contestacion á las dos cartas mencionadas.

En el año 1714 aconsejó Kikin al Czarewitz, que se aprovechase de su viaje á Baden, para hacer una excursion mas larga por el extranjero, visitando la Holanda, Italia y Francia, y le recomendó expresamente que hiciera por tener una acogida favorable en la corte del rey Luis XIV «que podia ofrecer proteccion á los reyes.»

Poco despues de la partida de Pedro al extranjero, marchó la czarewna Maria Alexeyewna á Carlsbad. Entre las personas de su comitiva se hallaba Kikin, el cual se mostró muy incomodado de que Alejo no hubiese seguido su consejo de ir á Francia. Al despedirse de Alejo le dijo que le buscaria un sitio de refugio para el caso de una huida (2).

En los círculos diplomáticos se suponía saber de oídas, que la tia de Alejo, Natalia Alexeyewna, hermana carnal de Pedro, que murió el 18 de junio de 1716, estando en el lecho mortuorio habia recomendado á Alejo que velara por su seguridad, y que en la primera ocasion escapase y se pusiese bajo la proteccion del emperador Carlos VI (3).

Corria una version segun la cual Alejo se habia dirigido á Görtz pidiéndole la proteccion de Suecia, y añadiase, que Görtz persuadió al rey Carlos XII por medio de Poniatowsky que se pusiera en relacion con Alejo, le invitase á pasar á

(2) Todo esto segun las declaraciones de Alejo en el proceso: Ustrialoff.

(3) Carta de M. de Bie, ministro residente en Holanda: Ssolowieff, XVII, 173.

Suecia y le prometiese auxilio; que despues que Alejo se marchó á Italia y cayó en poder de los emisarios de Pedro, Rumianzoff y Tolstoi, se quejó Görtz de que se habia perdido una buena ocasion de obtener ventajosas condiciones de paz, por una mal entendida compasion (1). En el proceso del Czarewitz, en el cual aun en nuestros días hay muchos misterios, no se habló nada de estas negociaciones; sin embargo, parece que Pedro oyó algun rumor sobre esto, poco tiempo despues de la catástrofe del Czarewitz, con ocasion de la celebracion de una parada en Reval (2).

Por este tiempo se regocijaba Alejo con la esperanza de que Pedro moriria pronto. Un príncipe de Siberia, Nikifor Wiasemsky, le refirió toda especie de profecias y augurios referentes á la pronta muerte del Czar; y fiado en ellos creyó que debia esperar, y que importaba ganar tiempo. Pero le sacó de su irresolucion una carta que le dirigió el Czar desde Copenhague el 26 de agosto de 1716, en la cual le ordenaba que ó se hiciese monje en el acto ó partiese á reunirse con él. Sin perder un momento manifestó Alejo que queria ir á reunirse con su padre, pero lo que deseaba era huir á la corte del emperador Carlos VI. Solo dos criados estaban enterados de este plan, que se reducía á permanecer oculto en el extranjero hasta la muerte de Pedro, y regresar á Rusia en el momento mismo de recibir la noticia de haberse realizado tan ansiado acontecimiento. En el proceso citó Alejo por sus nombres á gran número de senadores, jefes del ejército y príncipes de la Iglesia, con cuyo apoyo y amistosa acogida creia poder contar al volver á Rusia, añadiendo que sus aspiraciones no se encaminaban propiamente á ceñir la corona que habia renunciado, sino que habia querido reclamar para sí la regencia durante la menor edad de Pedro Petrowitz.

Este proyecto es una prueba de que la indolencia intelectual de Alejo tenia sus límites; que conocia sus derechos, y que precisamente los esfuerzos de Pedro para privar á su hijo de todo porvenir político, habian despertado en él el deseo de no renunciar definitivamente á ellos.

Pero quien, como Alejo, conocia el carácter y costumbres de Pedro, no debia ignorar que en este caso el sublevarse y el resistir equivalian á la ruina y á la muerte violenta. La corruptora influencia del miedo, que en los esclavos suele correr parejas con cierta astucia y malicia, predominó tambien en Alejo: quizá su proceder fué inmoral, pues en el mero hecho de desertar no era propiamente mas que un delincuente político.

Por lo demás, hay que conceder que las suposiciones de Alejo hubieran podido realizarse fácilmente, á no haber quedado defraudado en sus esperanzas en la muerte de Pedro. Menschikoff era odiado y la misma Catalina tenia muy pocos partidarios entre los magnates del imperio: era muy fácil que Alejo ocupara el primer puesto cerca del trono del niño Pedro Petrowitz.

Habia, no obstante, un error capital en los cálculos de Alejo. Pedro continuaba viviendo y la lucha entre padre é hijo debia terminar de un modo violento.

Alejo salió de Petersburgo el 26 de setiembre, y al despedir-

(1) Véase á Fryxell, biografia de Carlos XII (en aleman), por Jensen Tusch, V, 202, en donde se remite á la relacion del embajador francés, y á una carta de Görtz al rey con fecha 5 de enero de 1718, que se halla en el archivo del Estado en Suecia.

(2) Una carta de Pedro á Catalina fechada el 1.º de agosto de 1718, dice entre otras cosas lo siguiente: «De lo que tú me has mandado á decir por conducto de Makaroff sobre lo que reveló el difunto, hablaremos cuando estemos reunidos; pero aquí se dicen tantas cosas maravillosas sobre él, que son mucho mas notables que cuanto ha salido á la luz pública.» Véanse las cartas del emperador ruso, Moscu 1861, I, 78. El editor, lo mismo que Ssolowieff, XVII, 226, creen que estas expresiones se refieren á Alejo.

se de algunos senadores, se encomendó á su benevolencia. No lejos de Libau encontró á su tia Maria Alexeyewna que regresaba á su palacio. Alejo repitió en el interrogatorio de su causa la conversacion que medió entre ambos. Declaró que entre otras cosas, aquella le habia aconsejado mandase unas cuantas líneas saludando á Jewdokia, y que Alejo le habia preguntado si su madre vivia aun. Hablóse tambien entre ambos de un sueño que daba á entender que Pedro volveria á unirse con la repudiada Jewdokia. De este modo contaban con aliados invisibles y sobrenaturales, los que viéndose despreciados, sufrían con calma y resignacion; pero nunca pensaron en conjuraciones que merecieran el nombre de tales.

En Libau encontró Alejo á su amigo Kikin, con quien concertó todos los pormenores referentes á la fuga, y Kikin procuró informarse de si el Czarewitz podria contar con ser bien recibido en Viena. Son muy dignos de atencion los proyectos presentados por Kikin, que consistian en una serie de cartas, en las cuales se justificase su conducta ante las varias personas á quienes habian de ser dirigidas por el Czarewitz, valiéndose, si necesario fuese, de la mentira para que, en el caso de que se hiciesen averiguaciones acerca de los verdaderos causantes de la huida de Alejo, se diese tal giro al asunto, que él apareciese inocente por completo, mientras que otras personas se viesan comprometidas.

Lo que principalmente animó al Czarewitz á decidirse por la huida, fué la observacion que le hizo Kikin, diciéndole haber oído, que Pedro, al llamar á su lado al hijo, no se proponia mas objeto que el de extenuarle á fuerza de fatigas en viajes y campañas, acelerando de este modo la muerte del desgraciado.

Así desapareció Alejo sin dejar huella en el camino que, al parecer, habia tomado para reunirse con su padre. Mientras cundia la alarma en Petersburgo y en Rusia en general por ignorarse el paradero del Czarewitz, mientras los amigos de Alejo, que no estaban en el secreto, se hallaban en la mayor inquietud, hasta el punto de que su tío Abraham Lopuchin, por ejemplo, preguntaba á Oton Pleyer, ministro residente austriaco, si habia sabido algo acerca del paradero de Alejo; en tanto que Pedro despachaba emisarios en distintas direcciones para buscar al fugitivo, Alejo con su pequeña comitiva, de la que formaba parte la finlandesa Afrosinia disfrazada de paje con el pseudónimo de Kochansky (3), se encontraba en Viena, donde el mismo embajador ruso Wesselowsky estuvo por mucho tiempo ignorante de que el Czarewitz se ocultaba en la corte imperial, hasta que por fin supo que habia ido al castillo de Ehrenberg, en el Tirol.

En Viena se dirigió Alejo por de pronto al vicescanciller conde de Schönborn, y despues de varias discusiones de los ministros sobre este espinoso asunto, fué llevado, primero á Weierburg cerca de Viena, luego á Ehrenberg (Tirol) y por fin á San Telmo, cerca de Nápoles. Pero mientras los austriacos creian poder engañar al Czar acerca del punto de residencia de Alejo, y contestaban de una manera evasiva á sus apremiantes y reiteradas instancias para que le entregaran al Czarewitz, los emisarios del Czar averiguaron el escondite de Alejo, y rogaron al emperador, que les concediese ver al prisionero de San Telmo. Así comenzaron las negociaciones para que Alejo volviese á Rusia, entre Tolstoi, diplomático incondicionalmente adicto al Czar, comisionado al efecto, y el infeliz fugitivo (4).

(3) Kochana (cojana) en eslavo significa amaia. (N. del T.)

(4) Puede verse un gran número de documentos sobre la estancia de Alejo en territorio austriaco, tomados del archivo de Viena, en Ustrialoff, tomo VI.